

# Félix M. de Samaniego

*Fábulas morales*



LOS GRANDES PARA LOS CHICOS

Félix M. de Samaniego

*Fábulas morales*

*dirección general:* Hugo Soriani

*edición y prólogo:* Liliana Viola

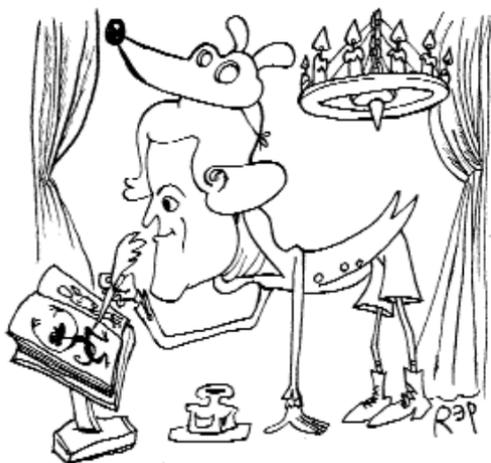
*ilustraciones:* Rep

*diseño:* Ros

© Editorial La Página S. A.

I.S.B.N: 987-503-318-9

## Cuando Félix de Samaniego era chico...



**S**upo enseguida cómo era ser noble, rico y vasco en el siglo XVIII. Era muy chico todavía cuando heredó cinco villas para él solo mientras su tío, el gran conde de Peñaflores, le enseñaba a comportarse como corresponde a todo señorito bien educado. De todas estas suertes, casi sale hecho un noble español idéntico a cualquiera de los que ya había por allí. Pero la fama que tenía París de ser el lugar más interesante del planeta y el dinero de su familia lo pusieron en el camino que conduce a Francia. En cuanto llegó,

aprendió a tocar el violín y la vihuela, a bailar danzas elegantes y a conversar en francés. Al poco tiempo encontró en una biblioteca las graciosas fábulas que años antes había escrito La Fontaine y las leyó todas. Cuando volvió a España, ya hecho un hombre, trató de contar historias parecidas pero como quien escribe, sin dejar por eso de tocar el violín. “Sus fábulas tienen música”, le decían los demás profesores. Y Félix de Samaniego se acordaba siempre de París...

## *La Gallina de los huevos de oro*

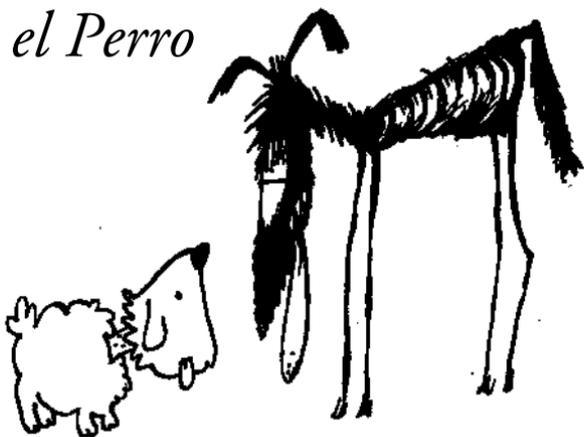


Érase una Gallina que ponía  
un huevo de oro al dueño cada día.  
Aún con tanta ganancia, mal contento,  
quiso el rico avariento  
descubrir de una vez la mina de oro,  
y hallar en menos tiempo más tesoro.  
Matóla; abrióla el vientre de contado;  
pero después de haberla registrado,  
¿qué sucedió? Que, muerta la Gallina,

perdió su huevo de oro, y no halló mina.  
¡Cuántos hay que teniendo lo bastante,  
enriquecerse quieren al instante,  
abrazando proyectos  
a veces de tan rápidos efectos,  
que sólo en pocos meses,  
cuando se contemplaban ya marqueses,  
contando sus millones,  
se vieron en la calle sin calzones!



## *El Lobo y el Perro*



En busca de alimento  
iba un Lobo muy flaco y muy hambriento.  
Se encontró con un Perro tan relleno,  
tan lucio, sano y bueno,  
que le dijo: “Yo extraño  
que estés de tan buen año  
como se deja ver por tu semblante,  
cuando a mí, más pujante,  
más osado y sagaz, mi triste suerte  
me tiene hecho retrato de la muerte”.  
El Perro respondió: “Sin duda alguna

lograrás, si tú quieres, mi fortuna.  
Deja el bosque y el prado;  
retírate a poblado;  
servirás de portero  
a un rico caballero,  
sin otro afán ni más ocupaciones  
que defender la casa de ladrones”.  
“Acepto desde luego tu partido,  
que para mucho más estoy curtido.  
Así me libraré de la fatiga,  
a que el hambre me obliga  
de andar por montes sendereando peñas,  
trepando riscos y rompiendo breñas,

sufriendo de los tiempos los rigores,  
lluvias, nieves, escarchas y calores.”

A paso diligente

marchando juntos amigablemente,  
varios puntos tratando en confianza,  
pertenecientes a llenar la panza.

En esto el Lobo, por algún recelo,  
que comenzó a turbarle su consuelo,  
mirando al Perro, le dijo: “He reparado  
que tienes el pescuezo algo pelado.

Dime: ¿Qué es eso?” . “Nada.”

“Dímelo, por tu vida, camarada.”

“No es más que la señal de la cadena;

pero no me da pena,  
pues aunque por inquieto  
a ella estoy sujeto,  
me sueltan cuando comen mis señores,  
recíbenme a sus pies con mil amores:  
ya me tiran el pan, ya la tajada,  
y todo aquello que les desagrada;  
éste lo mal asado,  
aquél un hueso poco descarnado;  
y aún un glotón, que todo se lo traga,  
a lo menos me halaga,  
pasándome la mano por el lomo;  
yo meneo la cola, callo y como.”  
“Todo eso es bueno, yo te lo confieso;

pero por fin y postre tú estás preso:  
jamás sales de casa,  
ni puedes ver lo que en el pueblo pasa.”  
“Es así.” “Pues, amigo,  
la amada libertad que yo consigo  
no he de trocarla de manera alguna  
por tu abundante y próspera fortuna.  
Marcha, marcha a vivir encarcelado;  
no serás envidiado  
de quien pasea el campo libremente,  
aunque tú comas tan glotonamente  
pan, tajadas, y huesos; porque al cabo,  
no hay bocado en sazón para un esclavo.”



## *El Leopardo y las Monas*



No a pares, a docenas encontraba  
las Monas en Tetuán, cuando cazaba,  
un Leopardo. Apenas lo veían,  
a los árboles todas se subían,

quedando del contrario tan seguras,  
que pudieran decir: “¡No están maduras!”

El cazador astuto se hace el muerto  
tan vivamente, que parece cierto.

Hasta las viejas Monas,  
alegres con el caso y juguetonas,  
empiezan a saltar: la más osada  
baja, arrímase al muerto de callada;  
mira, huele y aun tienta,  
y grita muy contenta:

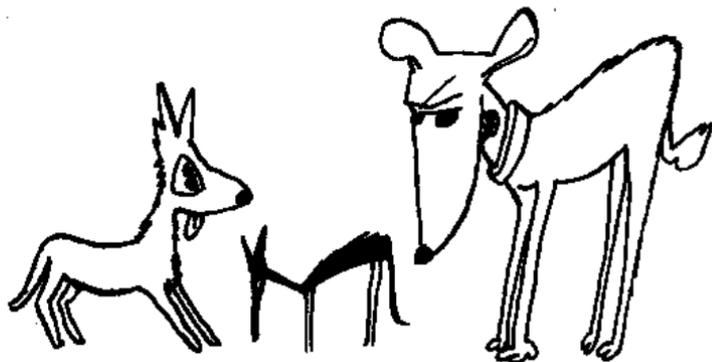
“¡Llegad, que muerto está de todo punto;  
tanto, que empieza a oler el tan difunto!”.

Bajan todas con bulla y algazara;  
ya le tocan la cara,  
ya le saltan encima;  
aquélla se le arrima,  
y haciendo mimos, a su mano queda;

otra se finge muerta y lo remeda.  
Mas luego que las siente fatigadas  
de correr, de saltar y hacer monadas,  
levántase ligero  
y, más que nunca fiero,  
pilla, mata y devora:  
de manera que parecía la sangrienta fiera,  
cubriendo con los muertos la campaña,  
al Cid matando moros en España.  
Es el peor enemigo el que aparenta  
no poder causar daño, porque intenta,  
inspirando confianza,  
asegurar su golpe de venganza.



## *El Lobo y el Perro flaco*



Distante de la aldea  
iba cazando un Perro  
flaco, que parecía  
un andante esqueleto.  
Cuando menos lo piensa,  
un Lobo lo hizo preso.  
Aquí de sus clamores,  
de sus llantos y ruegos.  
“Decidme señor Lobo:  
¿qué queréis de mi cuerpo,

si no tiene otra cosa  
que huesos y pellejo?  
Dentro de quince días  
casa a su hija mi dueño,  
y ha de haber para todos  
arroz y gallo muerto.  
Dejadme ahora libre,  
que, pasado este tiempo,  
podréis comerme a gusto,  
lucio, gordo y relleno.”  
Quedaron convenidos,  
y apenas se cumplieron  
los días señalados,  
el Lobo buscó al Perro.  
Estábase en su casa  
con otro compañero  
llamado Matalobos,

mastín de los más fieros.  
Salen a recibirle  
al punto que lo vieron.  
Matalobos bajaba  
con corbatín de hierro.  
No era el Lobo persona  
de tantos cumplimientos,  
y así, por no gastarlos,  
cedió de su derecho.  
Huía, y le llamaban;  
mas él iba diciendo  
con rabo entre las piernas:  
“Pies, ¿para qué os quiero?”.  
Hasta los niños saben  
que es de mayor aprecio  
un pájaro en la mano  
que por el aire ciento.



## *Los dos amigos y el Oso*

A dos amigos se aparece un Oso:  
el uno, muy medroso,  
en las ramas de un árbol se asegura;  
el otro, abandonado a la ventura,  
se finge muerto repentinamente.  
El Oso se le acerca lentamente:  
mas como este animal, según se cuenta,  
de cadáveres nunca se alimenta,  
sin ofenderlo lo registra y toca,  
huélele las narices y la boca;  
no le siente el aliento

ni el menor movimiento;  
y así, se fue diciendo sin recelo:  
“¡Este tan muerto está como mi abuelo!”.  
Entonces el cobarde,  
de su gran amistad haciendo alarde,  
del árbol se desprende muy ligero,  
corre, llega y abraza al compañero,  
pondera la fortuna



de haberle hallado sin lesión alguna,  
y al fin le dice: “¿Sabes que he notado  
que el Oso te decía algún recado?  
¿Qué pudo ser?”. “Diréte lo que ha sido.  
Estas dos palabritas al oído:  
‘Aparta tu amistad de la persona  
que si te ve en el riesgo te abandona’ ”



## *El León y el Ratón*

Estaba un Ratoncillo aprisionado  
en las garras de un León; el desdichado  
en la tal ratonera no fue preso  
por ladrón de tocino ni de queso,  
sino porque con otros molestaba  
al León, que en su retiro descansaba.  
Pide perdón, llorando su insolencia.  
Al oír implorar la real clemencia,  
responde el rey en majestuoso tono  
(no dijera más Tito): “¡Te perdono!”.



Poco después, cazando el León, tropieza  
en una red oculta en la maleza.

Quiere salir; mas queda prisionero.

Atronando la selva ruge fiero.

El libre Ratoncillo, que lo siente,

corriendo llega, roe diligente

los nudos de la red, de tal manera,

que al fin rompió los grillos de la fiera.

Conviene al poderoso

para los infelices ser piadoso;

tal vez se puede ver necesitado

del auxilio de aquel más desdichado.



## *El León y la Zorra*

Un León, en otro tiempo poderoso,  
ya viejo y achacoso,  
en vano perseguía hambriento y fiero,  
el mamón becerrito y al cordero  
que, trepando por espesa montaña,  
huían libremente de su saña.  
Afligido del hambre a par de muerte,  
discurrió su remedio de esta suerte.  
Hace correr la voz de que se hallaba  
enfermo en su palacio y deseaba  
ser de los animales visitado.  
Acudieron algunos de contado;  
mas como el grave mal que le postraba



era un hambre voraz, tan sólo usaba  
la receta exquisita  
de engullirse al monsieur de la visita.  
Acércase la Zorra de callada,  
y a la puerta asomada,  
atisba muy despacio  
la entrada de aquel cóncavo palacio.  
El León la divisa, y al momento

le dice: “Ven acá, pues que me siento  
en el último instante de mi vida!

Visítame como otros, mi querida.”

“¿Como otros? Ah, señor; he conocido  
que entraron, sí, ¡pero que no han salido!”

¡Mirad, mirad la huella!

Bien claro lo dice ella,

¡y no es bueno el entrar donde no se sale!

La prudente cautela mucho vale.



## *La lechera*

Llevaba en la cabeza  
una Lechera el cántaro al mercado  
con aquella presteza,  
aquel aire sencillo, aquel agrado,  
que va diciendo a todo el que lo advierte:  
“¡Yo sí que estoy contenta con mi suerte!”  
Porque no apetecía  
más compañía que su pensamiento,  
que alegre le ofrecía  
inocentes ideas de contento.  
Marchaba sola la feliz lechera,  
y decía entre sí de esta manera:  
“Esta leche vendida,  
en limpio me dará tanto dinero,

y con esta partida  
un canasto de huevos comprar quiero,  
para sacar cien pollos, que al estío  
merodeen cantando el pío, pío.”

“Del importe logrado  
de tanto pollo mercaré un cochino;  
con bellota, salvado,  
berza, castaña engordará sin tino;  
tanto que puede ser que yo consiga  
ver cómo se le arrastra la barriga.”

“Llevarélo al mercado:  
sacaré de él sin duda buen dinero;  
compraré de contado una robusta vaca y un ternero,  
que salte y corra toda la campaña,

hasta el monte cercano a la cabaña.”

Con este pensamiento

enajenada, brinca de manera

que a su salto violento

el cántaro cayó. ¡Pobre lechera!

¡Qué compasión! Adiós leche, dinero,

huevos, pollos, lechón, vaca y ternero.

¡Oh loca fantasía!

¡Qué palacios fabricas en el viento!

Modera tu alegría;

no sea que saltando de contento,

al contemplar dichosa tu mudanza,

quiebre tu cantarilla la esperanza.



No seas ambiciosa  
de mejor o más próspera fortuna;  
que vivirás ansiosa  
sin que pueda saciarte cosa alguna.  
No anheles impaciente el bien futuro:  
mira que ni el presente está seguro.



## Félix María de Samaniego



**E**scribió estas fábulas especialmente para sus alumnos del colegio español que dirigía. Pensaba, como muchas personas de su época, que la educación era más curadora que cualquier medicina, más poderosa

que cualquier orden y más necesaria que la comida. La lectura y el arte de pensar serían capaces de hacer más buenas a las gentes, pensaba Samaniego. También pensaba que para hablar de lo que se debe hacer y de lo que no se debe, mejor que los sermones eran las travesuras de animales contadas en verso; ya que cuando hay rima, las historias viajan más cómodas. Había leído muchas fábulas en su vida, entre ellas, las de Tomás de Iriarte, quien también leyó las suyas. Fueron muy amigos hasta que llegó el momento de ponerse de acuerdo sobre quién había sido el primero y más original en dar su versión personal de los encuentros entre

conejos, leones, gatos y lechuzas. La discusión fue tan grande que todavía hoy, cuando han pasado casi 300 años, hay gente que la recuerda y hay quienes están a favor de Iriarte y quienes de Samaniego. Samaniego era capaz de reconocer sus errores y decir cosas como ésta:

“En una alforja, al hombro,  
llevo los vicios,  
los ajenos delante, detrás los míos.  
Esto hacen todos, así ven los ajenos  
y no los propios.”

Sus palabras lo llevaron a la cárcel en la época de la Inquisición española, donde casi todo estaba prohibido. Poco antes de morir hizo quemar muchas de sus obras, no fuera que los brutales inquisidores pretendieran poner presos a sus libros o a su pobre fantasma...